

SE VENCÍÓ MI PASAJE DE REGRESO

Fernando percibía en exceso impacientes latidos abrumando su corazón. La respiración forzada y entrecortada no le alcanzaba para comprender qué ocurriría con semejante amigo del alma. No aguantaba aquel silencio absoluto, impresionante, abrumador. Se decidió por fin y, aproximándose a él, se liberó:

- ¿Algún problema, hermano?

De repente, Juan cambió la expresión de su rostro y, tras musitar monosílabos ininteligibles, prosiguió así:

- Me aturde cierta pesadilla que sufrí ayer. Desde entonces, vengo lastrando ansiedad y desazón.

Mi intrigante "otro yo" me trasladó a una noche en el presente Café-Teatro dentro de veinte años...

Tú te desvelabas recostado en el suelo, pues la jornada previa había transcurrido demasiado cansina, debido al evento literario que tuvo lugar hasta altas horas de la madrugada, y terminaste exhausto. Se trataba de la lectura y la presentación de los ganadores en las distintas modalidades del XXV Certamen Literario 'La Participación Ciudadana, Un Cuento Posible', organizado por la Diputación.

Tu local crecía como epicentro cultural y artístico de Cádiz, fomentando actividades de índole dispar que lograban concienciar a la gente acerca de su papel imprescindible e impronta propia en la sociedad de la ciudad, incluso innovando notablemente a nivel creativo mediante cooperativas y sindicatos apolíticos de cantautores y escritores, lo cual amparaba de modo increíble mis consagradas labores de "mánager".

Lo curioso del caso reside en que me atreví a participar en el Concurso, respaldando tus consejos al menos por una vez. Insistías en que yo no sólo servía para representar a figuras artísticas, en que debía explotar mejor mi habilidad oculta de cara a la inmensa mayoría para narrar y parodiar cosas por escrito. Te encantaban mis relatos breves y mis atrevidos sainetes.

Durante el referido acontecimiento, la fiesta se extendió en especial porque gané el premio por la Modalidad de Adultos y quisiste celebrarlo a lo grande.

El Jurado quedó prendado con mi texto y me felicitó de manera muy efusiva. Acabamos compartiendo una de tus mágicas infusiones, en aras de aliviar aliguito la tremenda ingesta de bebida y comida con que nos habías agasajado y deleitado a todos los invitados.

Quien desapareció entretanto, sin apenas cerciorarme, fue mi cantautora argentina preferida, a la par que amada esposa hacía varios años. Enseguida me busqué la excusa perfecta para marcharme y no decir adiós a nadie.

Llegué a nuestro ático en la Calle Santa Inés, deseando observarla dormidita, yacente sobre la cama, y allí no había rastro de ella.

Pese a tan sorprendentes circunstancias, el cansancio me venció, provocándome un profundo sueño, y mi subconsciente, idealista y fiel a su dueño, confió en que horas después despertaría a su vera.

Amaneció lentamente y una tenue luz blanquecina se iba apoderando poco a poco de cada rincón de la habitación.

Se ocultaron los fantasmas de la noche anterior con la luz intensa que emprendía su irrupción por la ventana y, a base de reconstruidos y generosos bríos, decidí comenzar la jornada.

De pronto, recordé la ausencia de Luján y experimenté una desgarradora punzada en las entrañas. Con tristeza mi olvidadiza memoria recuperó el último instante en que la vi, parada alrededor de la entrada de su cafetería predilecta, la que tú regentas, y regalándome un cariñoso guiño. Luego, mi silueta “morochita” se perdería en torno al bullicio y no la volvería a contemplar nunca.

Encima de la “mesita de luz”, denominación tierna que utilizaría la prófuga, visualicé el retrato de boda: los ojos cautivadores de “Luji”, su sonrisa “pseudoinfantil”... Una lágrima resbalaba por mi mejilla. Me di cuenta de que los minutos habían avanzado insensibles y la casa aún permanecía silenciosa. No podía creer que hubiera desaparecido sin despedirse de mí. Me parecía extrañísimo...

De un salto me levanté y en un santiamén recorrí el resto de habitaciones, aunque mi lágrima se había multiplicado por mil al no hallar tampoco vestigio de su ropa.

Descendí hacia el asfalto, repleto de tráfico, y, a causa de las luces de los coches y el ajetreo de los peatones, padecí una especie de vértigo.

Me cerré bien el cuello del abrigo y apreté el paso. No encontraba pistas de su hipotético nuevo destino o paradero.

Anhelaba una taza de té caliente, en compañía de un auténtico y reflexivo examen de conciencia que alumbrara mi camino.

A la tarde, desalentado, me dispuse a obtener respuesta a mi angustiosa incertidumbre. Ubicado frente a la puerta de tu singular establecimiento, me llamó la atención que permaneciera cerrada.

La golpeé fuerte por instantes, fruto de la desesperación, y una espontánea voz con entonación armoniosa irrumpió en medio de mi transitoria locura, susurrándome a través de la madera: << Soy yo, Juan, lo siento mucho. Ya no te amo, estoy enamorada de "Fer", te ruego que me perdones por no habértelo confesado al germinar. No deseaba estropear tu inspiración para el Concurso. Me conoces bien y sabes de sobra que no puedo reprimir mis sentimientos cuando florecen. Ahora me aflige un dolor salvaje por vos, pero en el futuro me lo agradecerás. En breve venderemos el Café-Teatro a un interesadísimo comprador norteamericano y viajaremos a Madrid. Mucha mierda, mi niño lindo. >>

Mis pupilas no daban crédito y ni siquiera podían humedecerse. Se inmovilizó mi cuerpo entero, desconcertado entre fronteras insospechadas, mudo... Lo mismo que experimentas tú en este preciso momento.

Por eso me has notado hoy distante y misterioso, "Fer".

A veces, la vida es un camino que nos lleva a ninguna parte... A veces, es mejor no saber.

La vida consiste en un camino perpetuo que se bifurca de forma caprichosa. Hay que tomar decisiones. Me liaré la manta a la cabeza y, a pesar del mal día, iniciaré mi viaje de ida a ninguna parte. A la postre, fabricaré mi destino.

Existir es un desafío. Los años que subsistí en Buenos Aires y Madrid asfixiaron una vasta parcela de mi alma. La gran urbe me oprime, me maltrata, me empequeñece, enmudece tanto mis alegrías como mis penas, ahogan mi silencio.

No me acostumbraba a vivir sin cielo. Me faltaba el aire, añoraba incluso el aullido del viento de levante, el crepitar de las olas contra la arena plateada.

Mientras caminaba, con permiso del retumbo de los cláxones y el humear de los vehículos, soñaba con mi vida pasada.

Fantaseaba con mi niñez, con el cielo inmenso y azul. Imaginaba el trinar de los pájaros, el aroma de la hierba que ascendía bajo mis pies en la preciosa e inolvidable pradera de Arcos de la Frontera. Divagaba respecto al color de la lluvia, respecto al color del firmamento... Sentado en la maleza, mi vista se perdía en la nada y, cuando el sol se derrumbaba, me embriagaba con la luna, que se mecía en el horizonte, soñando los sueños que jamás viviría.

Me siento solo, vacío, despoblado.

Necesito exprimir al límite cada segundo, privativo y en comunidad, luchando de verdad por mi tierra, igual que siempre lo has engendrado tú, tejiendo auténticos lazos sociales inquebrantables, con el objetivo prioritario de conquistar superior riqueza de espíritu e inquietud ciudadana en nuestra adorada "Tacita" y su portentosa provincia.

Resulta obvio que la última profesión que escogería sería la de... profeta.

Lamentablemente, no existe billete de vuelta.

NÁSIH P.

(Modalidad _ *Adultos*)